



EL MERCURIO — Domingo 21 de Junio de 1981

P. C. I. S.

675045

CRITICA TEATRAL:

Carrascal 4000

■ Autor: Fernando Gallardo. Compañía: Pedro de la Barra. Teatro: El Angel

Por Fernando Josseau

Fernando Gallardo debuta como dramaturgo con su pieza en dos actos titulada "Carrascal 4000".

La obra corresponde a esta escuela tan en boga hoy en día de "dramatizar" la vida de nuestros obreros, unas veces alibiles, otras tejedoras, ahora maestros de un taller mecánico, y así sucesivamente.

Todas guardan cierta similitud en cuanto a forma y contenido: un argumento excesivamente simple y un muestrero de tipos populares, con extensos diálogos fuertemente coloquiales, breves monólogos llenos de nostalgia agriñada sobre sus vidas mutiladas, chascos absurdos, salidas ingenuas, violentas rencillas, frustraciones y anhelos... y, sobre todo, garabatos cuya precariedad parece constituir un singular desafío literario y que son el inequívoco condimento que sabe a público "el genérico, efusivo y fervoroso, aplaude a rabiar indiscriminadamente.

La pieza de Gallardo nos muestra la vida de tres obreros de un taller mecánico (obrero que, naturalmente, trabajan muy poco y hablan mucho, conversando largo y tendido de todo cuanto pasa por sus mentes; de su patrón, un rudo, humano y abnegado ex obrero que ha ascendido en el status socio-económico transformándose en un pequeño industrial sin renunciar del todo a su pasado, guardando la debida lealtad a sus obreros a quienes quisiera explotar sin explotarlos; y la dueña de un negocio, mitad restaurante mitad cantina, que atiende con simpático esmero a estos hábitos.

Los actores son excelentes.

Fernando Gallardo en su rol de "Don Ruperto", dueño del taller, y Gabriela Medina, como "Zorilla", cumple una labor óptima. Oscar Hernández, Sergio Aguirre y, particularmente, Jorge Gajardo, interpretan a estos obreros soñadores, pendencieros, borrachos, ingenuos, ingeniosos, esperanzados, en forma convincente.

La obra entera emerge desde el escenario como una bofetada, teñida de un realismo brutal. Ácido, certan-

te, impúdico, escandaloso, pero sin aspirar en ningún momento a poesía alguna ni intentar el menor alisbo de refinamiento artístico: todo está en bruto, no hay pulimentos ni medidas, ni proporciones ni temor al desbordamiento o a lo descomunal.

Estamos en el medio de un anti-teatro proletario.

La vieja discusión de si el artista es quien debe educar al público o someterse dócilmente a éste es, por cierto, bien antigua.

Pero —también es cierto— todos los grandes hombres de teatro que hemos conocido —comenzando por Pedro de la Barra— fueron inflexibles en este sentido: es el artista quien tiene el deber moral de imponer su sensibilidad más refinada, su intelecto más cultivado, su cultura y su espiritualidad ante un público proclive a la vulgaridad o la chabacanería y no descender a su nivel.

Quizá, desde este punto de vista, "Carrascal 4000" no cumple con una misión muy elevada. Incluso, nos plantea ciertas interrogantes que es imprescindible analizar: ¿es que nuestros trabajadores, nuestros hombres de pueblo, nuestros obreros, nuestra gente humilde, son nada más que seres pintorescos, seres fugaces, esquemáticos, anecdóticos? ¿Es que sus conflictos son más risibles que dramáticos? ¿Sus dramas son más pintorescos que emocionantes? ¿Sus angustias, acaso, son siempre divertidas? ¿Sus precariedades los margina inevitablemente de toda verdadera espiritualidad y poesía? ¿Por qué sus existencias siempre tienen que dramatizarse exclusivamente como si oscilaran entre un curioso —Drama-reidero— y la parodia de sus propias vidas, la parodia de sus propios, angustias, la parodia de sus propias esperanzas y desesperanzas?

Efectivamente, hay en estos versos de "Carrascal 4000" una suerte de humorismo periférico que se ex-

presa hasta la exageración a través de diálogos coloquiales pero caricaturescos, deformadores, trivializadores, en donde lo esencial y profundo de estas pequeñas existencias amargas y desoladas está escamoteado hábilmente en función de un teatro más populista que popular, simpático, obscuro y comercial, frente al cual el grueso público parece solazarse más que compadecerse y en donde la piedad y el horror han sido excluidos de raíz.

Hay un despojo de la verdadera emoción interior y los personajes se mueven en un círculo vicioso y viciado, cuya técnica dramática se adhiere pegajosa, viscosamente a los recursos del sainete, a veces de la astracanada, hasta alcanzar, por momentos, deformaciones casi circenses.

¿Dónde emerge la genuina poesía de estos dramas, esa poesía inevitable del teatro verdadero que está siempre presente en Brecht, en O'Neill, en Wesker, y que el teatro social de ninguna época y de ningún país ha excluido sistemática o gravemente?

No estamos, es obvio, propiciando esa transcendencia estéril, esa petulante gravedad vacía, o esa retórica académica y ampulosa de ciertos dramones —con mensaje. Nos parece que el humor es fundamental, pero siempre y cuando se lo utilice como una función creadora elevada y no como una concesión parasitaria y oportunista.

Es que debemos aceptar cómoda, escandalosa, negligente y apriorísticamente que este hombre sencillo y sufrido carece de la dignidad necesaria para que el teatro se aproxime a él con respeto y con la profundidad que sus propias angustias y miserias le confieren?

Cedémosle la palabra a Pedro de la Barra, quien me dijo un día: "Una dramaturgia nacional, sí, pero que dignifique a nuestros hombres más sencillos".

Carrascal 4000 [artículo] Fernando Josseau.

AUTORÍA

Josseau, Fernando

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Carrascal 4000 [artículo] Fernando Josseau.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile